

Monseñor, Ricardo Ezzati Andrello
Arzobispo de la Santísima Concepción

Parto con una pincelada de tres pequeñas experiencias. La primera, el día del terremoto, a las cuatro de la mañana, comencé a recorrer el sector del parque Ecuador, escuchando a la gente y tratando de infundirles esperanza. Por supuesto seguía temblando, pero el temblor más fuerte era un temblor interior, marcado por el miedo, por la desesperanza, por la incertidumbre, especialmente en las relaciones afectivas con la propia familia. Esa experiencia de estar en medio de la gente, me ha permitido encontrarme con el alma humana, más allá que con el fenómeno físico del terremoto.

Segundo hecho. Hacia las seis y media de la mañana, cuando estaba volviendo a mi casa, frente a la Iglesia de Santo Domingo, me encontré con una anciana señora. Llevaba en sus manos un pan amasado y trataba de tocar el timbre de la residencia de los padres Dominicos, porque me dijo que venía a dejarlo a los sacerdotes que viven acá, los más ancianos, que ciertamente no tendrán con qué alimentarse. En todo su fervor, esta persona ni siquiera se había dado cuenta que no había luz eléctrica y que por mucho que pulsara el botón del timbre, no lograba que su deseo de comunicarse con el interior pudiera ser eficaz.

Tercer hecho. Ese mismo día, a las 8:30 de la mañana, me encontré en la prefectura de Carabineros con las autoridades locales que estaban dialogando sobre la manera de intervenir en la catástrofe. Sentado a mi lado, estaba el prefecto de Investigaciones con el que iniciamos un diálogo que me pareció fundamental. En ese momento, los asistentes estaban detallando los medios que tenían para poder llevar adelante la emergencia: cuántos camiones aljibes poseía la municipalidad, cómo se podía proveer de agua y abastecer de alimentos la gente, entre otras medidas. Le dije al prefecto en esa oportunidad, que aquí faltaba una dimensión fundamental que tomar en cuenta y que son las personas: cómo van a reaccionar, qué cosas necesitan más allá de los camiones aljibes o de otros medios para establecer la vida normal de la ciudad.

El contacto con estos tres hechos me pusieron en condiciones de percibir que el problema fundamental y la fuerza necesaria para superar la emergencia era la persona humana. A mí me parece muy significativo que una Facultad que se interesa por la filosofía quiera razonar y planteando el tema que estamos dialogando en este momento: la reconstrucción. Creo que es fundamental el título que se le ha dado a esta jornada, porque efectivamente la reconstrucción no es solamente un problema técnico, la reconstrucción es un problema humano.

Hace algunas horas escuché la noticia que la municipalidad de Las Condes contribuiría con la construcción de un centenar de casa en Lota y en Penco. Buena noticia puede decir alguien. Sin duda, que es buena, pero cuando se sabe que esas casas son de 27 metros cuadrados, yo digo pésima noticia. Ha faltado y sigue faltando en nuestra sociedad una reflexión sobre qué construir y para quién reconstruir; ha faltado establecer el quién habitará esa casa o quienes la habitarán, cuales son sus necesidades más esenciales, a qué cosas aspira una familia, si es suficiente un espacio de 27 metros cuadrados.

Un estudio internacional, verificado también con una investigación hecha en Chile, destaca las consecuencias nefastas de un urbanismo sin alma, donde no hay espacio para que las familias puedan desarrollarse adecuadamente, donde no hay espacio para el encuentro, para el desarrollo espiritual y cultural. Ese urbanismo está destinado a mantener, producir y aumentar los problemas éticos y sociales de una familia y de una sociedad. Entonces, frente al tema de la reconstrucción o lo que se ha llamado justamente una nueva creación de la ciudad, la pregunta que nos hacemos es ¿cuáles son los elementos básicos a tener en cuenta para que la reconstrucción o la refundación sea de verdad humana? En primer lugar, creo que una de las palabras claves a tener en cuenta, es justamente la de persona humana, sociedad, porque la persona humana que está llamada a vivir

en sociedad y en comunidad, es la base de lo que tiene que ser una auténtica reconstrucción o refundación de nuestra región o de nuestra ciudad. Creo que hace falta una profunda reflexión antropológica que tenga su base en lo que es de verdad la concepción auténtica del ser humano y, por consiguiente, en la ontología de la persona.

La reflexión que viene desde un especial campo de la ciencia como la filosofía, puede ser un aporte indispensable, y lo es cuando uno piensa en la reconstrucción y en la nueva generación de una ciudad que tiene que servir a la dignidad de la persona humana y de la misma sociedad. Esta reflexión antropológica, que tiene fundamentos en la ontología, tiene que traducirse también en otro concepto fundamental y básico que es el tema del desarrollo. Éste, sigue siendo un factor fundamental que ha sacado a lo largo de la historia a miles de personas de situaciones inhumanas, pero que al mismo tiempo, concebido desde una manera parcial o deductiva, ha contribuido a mutilar el concepto de persona y de sociedad, y por consiguiente, a la realidad de lo que es la persona y de lo ella aspira. Creo que es la oportunidad para que en nuestra región y el país se haga una reflexión sobre lo que entendemos por desarrollo al servicio de la persona y de la comunidad. Si falta esta reflexión, habrá naturalmente nuevos puentes, nuevas fabricas, pero no nuevas personas.

Me parece fundamental que las autoridades y la sociedad, en general, puedan ofrecer esta reflexión y exigir que la reconstrucción se fundamente en el concepto verdadero de desarrollo. El crecimiento, que dice relación con la cantidad de medios económicos, se transforma en desarrollo cuando dice relación con la calidad, pero no solamente con la calidad y cantidad de los medios económicos, sino en la calidad de las personas que queremos ser.

La reconstrucción requiere de la participación responsable de todos. Aquí hay un concepto que en clave cristiana usamos muy frecuentemente y que se llama fraternidad. La propia realidad va mucho más allá que la dimensión social inscrita en la conciencia de cada persona, porque el término fraternidad, incluye también el concepto de don. Por su naturaleza, el don supera la justicia y también el mérito. Su norma es la sobreabundancia, y ésta manifiesta no solamente en lo que es el don de uno al otro, sino el concebir una sociedad cimentada bajo el concepto de fraternidad que hace de la propia vida, de la propia experiencia, de los propios talentos, un don para los demás. La fraternidad implica también el desarrollo económico de la sociedad civil. El Papa Benedicto XVI, en la Encíclica *Caritas in Veritate*, hace ver la importancia que tiene este concepto de don y fraternidad, cuando se trata de construir una sociedad más justa. Creo que una sociedad como la nuestra necesita destacar más esta dimensión humana.

A los pocos días del terremoto y con el inminente cambio de gobierno, hice presente la necesidad de pensar la región como una gran sinfonía en la que hay una partitura estudiada con cuidado y rigurosidad, una partitura donde hay alguien que dirige la orquesta. En este caso, es el gobierno quien tiene que llevar adelante la tarea pública, pero existe también cada instrumentista, que está llamado a jugar un rol personal, pero al mismo tiempo en relación con la sociedad. Ningún instrumento solo, sin entrar en comunión con los demás y sin estar sujeto a la dirección de un director de orquesta, puede pretender formar una sinfonía. Ésta se da única y exclusivamente cuando hay una partitura hecha con arte, con competencia, cuando hay instrumentos diversos que aceptan tocar con responsabilidad las notas en el momento que les corresponde, y cuando hay alguien que dirige la orquesta para que el sonido sea de verdad agradable al oído, sea una obra de arte. Por lo tanto, la palabra de fraternidad puede sonar como una palabra vieja, sin embargo es una palabra eminentemente actual en todo lo que le concierne a la vida y al desarrollo de la persona .

Me parece también fundamental destacar, como un concepto necesario para la reconstrucción de la región, el que haya derechos y deberes que son inherentes a las personas y a la sociedad. Solamente cuando la formación ética de la persona y de la sociedad alcanza el equilibrio y la síntesis -entre el derecho y el deber- podremos contar con gente que ponga sus mejores talentos

al servicio del bien común, de manera que el desarrollo no se vuelva algo arbitrario, sino un servicio al crecimiento de cada uno y de toda la sociedad.

Me parece importante destacar un último concepto. Es el término colaboración y participación, palabras claves, necesarias para pensar en el desarrollo y en la reconstrucción de la región. La reconstrucción no va a ser obra simplemente del poder político, ni del que tienen los medios de comunicación social, ni de quienes detentan el poder económico. Va a ser obra de la colaboración y de la participación de todos. Y por eso la reconstrucción ha de transformarse en un desafío de verdadera comunión, de pensar que el bien de la región y de la ciudades va a depender de todos, desde la colaboración que puede prestar un simple ciudadano de una de nuestra comunas a lo que puede ser la del bien público organizado que es el Estado a quienes tienen poder en el ámbito de la economía, y a quines tienen el poder de colaborar en la creación de un clima social adecuado para esta tarea tan grande.

Estoy convencido que mirando el futuro de nuestra ciudades, el desafío se convertirá, también, en realizaciones oportunas, en la medida que cada persona reflexione sobre el real concepto de desarrollo que hoy día necesitamos hacer presente para nuestro futuro. Todos los que tienen que colaborar en esta tarea deben superar sus visiones parciales, sus luchas y pasiones políticas, sus deseos de sobresalir sobre los demás; deben tener la capacidad de construir una verdadera fraternidad y de sentir que la ciudad humana que queremos tiene que ser reflejo de esta ciudad que Dios ha puesto en el corazón y en la conciencia de cada persona. Espero que esta contribución de la Facultad de Ciencias Filosóficas, ayude también y sea un aporte a nuestra ciudad y a nuestra región y no deje de hacer presente con fuerza la voz sobre los elementos transcendentales que definen la persona humana y la sociedad.